

Este texto no tiene dirección, ni fin, ni estructura.
Es exactamente igual a como si fuera a tomar una fotografía por primera vez;
Exactamente igual al instante previo de presionar el obturador...
...en el que la intuición es el universo.



Ni siquiera tiene título.

La fotografía de Alejandra Loreto es susceptible de ser expresada mediante paradojas. Una, y no la más importante, es la de pensar que su obra es resultado de un calculado algoritmo de preparaciones, fórmulas, rigurosas técnicas y evocaciones de manuales, horarios inequívocos, madrugadas después de buen dormir o dormitaciones programadas antes del amanecer, en pocas palabras el lugar correcto, la hora correcta. No; no hay reglas y no necesariamente hay un propósito. No podría afirmarlo, si no tuviera plena certeza de la relevancia que implica el azar en su vida y en su manera de aproximarse sin prejuicios ni diseño a su objetivo: Buscar ser ella misma traducida en una imagen. Buscarse desde afuera, explicándose en la naturaleza y en la arquitectura; en la sensualidad.

La primera impresión que tuve sobre Alejandra, no fue la de la fotógrafa. La primera imagen que tuve (siempre y cuando se pueda decir que capto imágenes; viendo sus fotografías no me queda duda de la herejía que implica decir que capto imágenes, o al menos buenas imágenes en el sentido ortodoxo), fue la de la mujer, la de su existencia irrefutable, la de la inexorabilidad de su presencia afirmando por qué y para qué estaba allí, en una calle del mundo, en un instante mágico. Sus ojos vivaces, intentando registrar todo; su sonrisa automática, genuina; su cabello concreto, innegable, oceánico; su estructura ósea rotunda... la fuerza de su presencia física embalsamada por sus frases, sus ideas, sus dudas y sus paréntesis; su piel atestiguando soles, mares, playas... las de sus fotografías y las de su país, sin duda; y su país, a flor de piel, de palabra, del brillo de la esperanza de sus ojos negros. Alejandra Loreto encarnaba, cuando la vi por primera vez, la dialéctica de un templo Hindú, volcado analógicamente en su estructura y franqueza; su cuerpo hecho narración desde la herencia genética del Ávila, la montaña mítica de Caracas, sólida, radiante, cambiante; y la sutileza del mar atlántico en sus líneas, tranquilas y definidas como cuando muere en el cerro máximo al tocar Venezuela... tal y como encajan sus manos en la cámara fotográfica, tal y como ella quiere ver el mundo y tal y como busca en el espacio respuestas y preguntas, aún todavía más preguntas.

Desenmascaro entonces a la artista. Y uso la palabra desenmascarar, porque su modestia no invita a que se infiera nada sobre sus dones. Los esconde, los reprime, quiere mostrarse corriente, pero la delatan sus ojos y sus palabras, hechas de barrios, texturas y colores. Rompe el molde y se adentra para siempre en ese universo que yo también quiero describir y no puedo. Se ve obligada a develarlo, está expuesta. Lo pone sobre la mesa en forma de imágenes, de fotografías. Traduce lo que vino a decirle al mundo, no en textos, sino en geometrías abyectas y composiciones rigurosas; en tiempo y espacio, entre francés y alemán, entre la luz del trópico y la penumbra del bar Loos en Viena, entre La Villette y Weißenhof; el Bronx y Bogotá. El minimalismo de sus encuadres en franca contraposición con el exceso de exuberancia del paisaje, expuestos ante mis ojos por primera vez, empujándome al mismo abismo al que ella se enfrentó en sus inicios con una cámara, el abismo que no resuelve la humanidad: Quien soy, por qué, en dónde, cuando... qué decir, y cómo decirlo. Líneas honestas, testimonios maniqueos, radicalismo brutal: blanco y negro, arriba y abajo, Bombay y Berlín; y luego dulcemente, sin prevenciones y sin piedad, cualquier calle de Estambul o la insensatez de la belleza natural de Roraima.

La paradoja dibujada en sus fotografías desde los paisajes y atmósferas, en sus inmensidades y escalas grandilocuentes, sfumatos negados por la obsesión de la resolución, entre sus líneas puras y encuadres matemáticos, y su idea recurrente acerca de la insignificancia de la existencia del hombre y su insulsa pequeñez, es en mi opinión una expresión de lo opuesto: una reivindicación del sentido de la existencia del hombre y su espíritu y de su inmensa capacidad para sorprenderse

y para tratar de explicarse lo que no se puede explicar; un grito antropocentrista. Por eso, sus fotografías exaltan un don humano locuaz y sagrado, aunque esquivo para la mayoría de los mortales: el don de la oportunidad; la sincronía entre sus ojos, su mente, sus manos, su alma y el lugar; entre el espacio y la memoria, entre la historia y la casualidad, con el propósito único y feliz de vencer el tiempo y la muerte¹ para transmitir lo que la naturaleza no tiene, ni ha tenido como cometido transmitir, porque no le interesa, porque simplemente es inherente a su divinidad, a su grandeza; simplemente está, lo repite infinitamente y siempre de forma distinta. Por fortuna, Alejandra está allí para atestiguarlo y para contárnoslo.

Allí y en todas partes; y esto a su vez configura otra paradoja: casi ubicua, su andar por el mundo sin reloj ni itinerario, memoria atiborrada de balcones, portales, libros, rostros y materiales, nubes y rocas, continentes y chimeneas, no permite que la contaminación de la toma se produzca bajo ninguna circunstancia: Allí desaparece el azar, allí se cambia de vestuario y de personaje, y de ideología: allí aparece la máquina infalible de explicar el mundo a través de una lente. Ella y su cámara. Ellas y el espíritu ancestral de la sensibilidad y la creación, se detienen por fin frente al espejo del mundo. Y lo contemplan y lo narran; y nos permiten contemplarlo y tener, al menos, la ilusión de verlo y creerlo nuestro. La omnipresencia de su vitalidad de Voyager, la angustia de sus trenes, la precaria humanidad de las valijas y las sandalias, son olvidadas al contar la historia del evento que fotografía; como si hubiera estado allí desde siempre, y lo comprendiera todo más allá de lo humano. Como si nunca hubiera parpadeado.

Sin sus fotografías, ni la música ni la literatura podrían expresarnos tales maravillas con el dramatismo y la belleza que suponen. Alejandra exalta la existencia del hombre, insuficiente como entidad para ella, a través de sus testigos de papel fotográfico y magia, porque sus frases hechas luz, tiempo, espíritu y sosiego llenan los espacios faltantes de los espacios faltantes de los espacios faltantes. Su obra, la que hasta ahora nos hereda (nos hereda? O es tan suya que es indecente apropiársela), es un continuo memorándum del amor y la sensibilidad hacia el universo, algo así como la retribución constante a una deuda con dios, un dios, un instante o una eternidad. Bastaría lo mismo un instante o una eternidad para estar convencidos de la belleza a través de sus fotografías.

La paradoja más importante sin embargo, es que a pesar de haber viajado por el mundo, de haberse vestido de todos los colores y de haber obturado infinitamente su Nikon, apenas comienza el viaje al interior de sí misma, de sus universos, de sus ramales fantásticos e inauditos; de sus preguntas. Cada día nuevo, cada día fresco. Cada noche con la locura exigida; cada idea, cada encuadre.

Cada día más Alejandra.

¹ Qué es la fotografía sino el registro de la muerte. [Por ejemplo, es magnífica la fórmula de " pathos generalizado de la añoranza " que Susan Sontag utiliza para referirse al vínculo que la fotografía mantiene con la nostalgia y el paso del tiempo. Para ella, supone una forma de lucha contra su irremediable paso y, por lo tanto, un mecanismo de control de la angustia que esto conlleva]. Rafael Moyano. En: <http://www.elangelcaido.org/libros/023libro.html>